

empresas que celebraban grandes eventos.

En definitiva, creación de una imagen “chic” y de “alto nivel social” para el lugar. Un sitio de lujo para visitantes de lujo. No importaba tanto la conservación de las zonas a visitar ni la valoración social de los recursos ambientales. Y ¡claro!, en un sitio así no cabía la interpretación del patrimonio como forma de comunicación. Ni siquiera se planeaba una coexistencia de opciones variadas en la oferta.

Seguimos. Tras la retirada de esos paseos por parte de los responsables de la gestión llegaron los momentos más oscuros. En los almacenes se acumulaban las cajas de los folletos que guiaban los paseos mientras el público marchaba de allí con una idea de *excelencia* del lugar. Pero un lugar ajeno y distante a la realidad de los visitantes.

Con el cambio de responsables en la gestión (los responsables, normalmente suelen cambiar) y con un pequeño refuerzo en el equipo entusiasta, volvieron a aparecer algunos “claros en la oscuridad”. Sin llegar a contar con un firme apoyo de las nuevas autoridades se desempolvieron los itinerarios e iniciaron de nuevo su andadura. Poco a poco. Lentamente volvieron a formar parte de la oferta al público visitante.

El punto culminante llegó cuando surgió la demanda desde los responsables de la gestión de pensar en unos paneles de “carácter interpretativo” para una pequeña zona de cierto interés ambiental muy visitada. La más visitada de todo el recinto. ¡Sorprendente! Sin duda. ¿La idea de área de lujo para visitantes de lujo había desaparecido? El equipo entusiasta se puso manos a la obra. Esta vez con un porcentaje de desconfianza similar al de entusiasmo. ¡No se lo podían creer!

Al final, el resultado fueron unos textos con pequeños “guiños interpretativos” (no más), planificados y pensados para incorporar una nueva oferta concreta dentro de un conjunto más amplio. Por supuesto había que hacerlo para “anteayer”, pues los plazos apremiaban.

Pasó el tiempo. Un mes, dos meses, ...medio año. Y no se ejecutaba nada de la propuesta. Hoy se sabe que ha sido desestimada.

Resulta que el área en su totalidad y toda su infraestructura y oferta, se encuentra inmersa en un proceso de “Calidad Turística”. ¡Todo sea por la “Q” de calidad!

¡Pero si la bendita “Q” de calidad exige que haya un programa interpretativo!

¿Entonces? Ante esta exigencia, los órganos gestores se preguntaron por los medios interpretativos que disponía el lugar. Y encontraron cinco senderos y una propuesta de paneles para su pequeña “área emblema” (la más visitada). Y no les gustó. Esa interpretación no valía, no era la interpretación esperada, no estaba acorde con la calidad y excelencia (de nuevo surgió esta palabra) que se requería para el área.

No se sabe a ciencia cierta, pero parece que hoy en día van a proponer unos paneles más bien informativos, más bien de “bombo y platillo” y de marcado carácter administrativo. Sin duda de gran “calidad”, que permitan solventar el hueco existente en el programa interpretativo del lugar. Un hueco a tapar que el proceso en sí y los inspectores del mismo exigen para conseguir la codiciada titulación.

Este es el relato de los hechos. Ahora surgen las dudas o, mejor, las afirmaciones:

Los órganos gestores utilizan la interpretación como un cliché verbal. Es decir, hablar y hablar y hablar y hablar de interpretación para no hacer nada de interpretación.

Los órganos gestores desconocen qué se entiende por la interpretación del patrimonio.

Esto ocurre no sólo en los órganos gestores, sino también en otros ámbitos: técnicos, empresas de servicios, etc., y lo más grave en este caso es que aunque “venden” interpretación no desean formarse en ella, sino seguir vendiendo la interpretación de excelencia que precisan las entidades contratantes.

También hay personas y pequeños “equipos entusiastas” en todos los ámbitos que en múltiples ocasiones llevan a buen puerto su trabajo.

Aunque quizás la clave está en que el equipo entusiasta entiende la interpretación de una forma errónea (si es así, los padres de la disciplina estarían también equivocados). O quizás es que no “canalizan” bien los esfuerzos para lograr el reconocimiento de la interpretación.

Lo que subyace es algo diabólico: la planificación brilla por su ausencia. Ésta se ve sustituida en demasiadas ocasiones por la imagen (en este caso: “imagen de calidad”). Para muchas personas la interpretación no supone una herramienta de gestión para la conservación de los valores.

La interpretación del patrimonio es considerada demasiadas veces una forma de comunicación excesivamente “sencilla y coloquial para nuestro público”. Por ello, a veces se piensa que no es seria para la imagen de una institución (hay más fijación por la imagen que por los resultados) o que no es de “excelencia” de un organismo que

quiere mostrar lo maravillosos y competentes que son ante sus ciudadanos.

El grado de generalidad y acuerdo de estas afirmaciones se dejan al lector, así como su posible identificación o similitud con otras situaciones que pueda conocer.

No sé. Sólo se puede decir que el equipo “entusiasta” sigue al acecho. Esperando una nueva oportunidad, un mayor respaldo, un mayor conocimiento, ...o mejores tiempos para la Interpretación.

Avance de un estudio sobre centros de visitantes en España

María Muñoz Santos
Becaria de investigación de la Fundación Abertis, Dpto. Ecología UAM
maria.munnoz@uam.es

Dr. Javier Benayas del Álamo
Profesor titular del Dpto. Ecología, UAM
javier.benayas@uam.es

Este artículo sintetiza algunos de los resultados y conclusiones del estudio “Análisis del Estado y Evolución de los Centros de Visitantes del Estado Español”, llevado a cabo por los autores. Para el mismo se utilizó tanto información escrita, como entrevistas a gestores y trabajadores de centros de visitantes, y las opiniones de un Panel de Expertos en Interpretación (muchos de ellos de la AIP) recogidas a través de un cuestionario. Agradecemos a los expertos, a la Fundación Abertis y al Organismo Autónomo Parques Nacionales de España (ref. 102/2002), sin cuya colaboración no podría haberse realizado el estudio.

Los orígenes

Si bien la creación de las áreas protegidas cuenta con una larga tradición (algunos historiadores aseguran que en la India ya se delimitaban zonas específicas para la

protección de recursos naturales hace dos milenios, y en Europa los cotos de caza para las clases altas existen desde hace más de 1.000 años), podemos decir que el concepto moderno de Espacio Natural Protegido (ENP) surge en EE.UU. a finales del s XIX, con la declaración de Yellowstone como Parque Nacional.

Los primeros parques declarados tanto en EE.UU. como en Europa a principios del s XX, a imagen de Yellowstone, tenían rasgos comunes: eran creados por iniciativa de los gobiernos; las zonas delimitadas eran extensas e integraban terrenos naturales; y la visita de los parques y el turismo eran algo inherente, literalmente: Yellowstone se creó "como parque público o zona de recreación para el beneficio y disfrute de los ciudadanos".

Desde un primer momento, el deseo de conservación materializado en la protección de terrenos naturales debía compatibilizarse con la demanda recreativa de esos espacios, y pronto se reveló la interpretación como una herramienta muy útil para evitar los daños que una elevada presión de visitantes pudiera ocasionar. Así, junto a la creación de estructuras de gestión para la acogida de visitantes (carreteras, ferrocarril, alojamiento), ya en los años '20 se desarrollaron en EE.UU. los primeros programas interpretativos que incluían rutas guiadas, charlas, pequeños museos y publicaciones.

Sin embargo, fue tras la Segunda Guerra Mundial cuando se produjo un gran aumento del turismo a los distintos parques, de modo que las infraestructuras y programas creados con anterioridad se vieron completamente superados y fueron incapaces de satisfacer la demanda. Ante esta situación, el Servicio de Parques Nacionales de EEUU puso en marcha un gran programa a diez años vista, dotado con mil millones de dólares (un billón, en EE.UU.) para rehabilitar los equipamientos, aumento de los recursos humanos y mejora de las estructuras de gestión de los mismos. Un producto de este programa fue el **Centro de Visitantes** (CV), un equipamiento concebido como una instalación multiusos con exhibiciones interpretativas, programas audiovisuales y otros servicios públicos.

¿Y en España?

La idea de protección de grandes extensiones de terreno natural en la forma de *parques*, bajo el modelo americano, fue rápidamente adoptada, y en 1918 ya se habían declarado los dos primeros Parques Nacionales españoles (Ordesa y Covadonga). Aunque tras las

primeras declaraciones los parques se convirtieron en lugares de visita populares entre naturalistas y aventureros, no es hasta las últimas décadas del s XX cuando se observa una afluencia masiva de visitantes a estos espacios y, por tanto, cuando las diferentes administraciones comienzan a realizar inversiones millonarias en atención a visitantes desarrollando y ofertando una amplia red de equipamientos, actividades y servicios de uso público que facilitan el conocimiento y disfrute del espacio por parte de estos turistas. Entre ellos, los centros de visitantes, objetivo fundamental de este artículo.

El primer CV en España se crea en el Parque Nacional del Teide, en 1978. Desde entonces, el número de estos equipamientos ha aumentado espectacularmente, con un gran incremento en la primera mitad de los años noventa. Así, en actualidad encontramos cerca de 200 CV ligados directamente a ENP (se ha llegado a plantear que pronto habrá centros de interpretación *de los centros de interpretación*). Parece que el traspaso de las competencias a las Comunidades Autónomas influyó notablemente en la declaración de nuevos espacios naturales protegidos, y que, junto con la llegada de los fondos de cohesión de la Unión Europea, han tenido gran influencia en este crecimiento.

Las diferentes administraciones públicas parecen haberse dado gran prisa en construir estas estructuras, antes de que los fondos de la UE acabaran, y nadie parece haberse cuestionado su necesidad y requerimientos de mantenimiento. ¿Realmente necesitamos un centro de interpretación en cada lugar?

El aumento en número de estas instalaciones se puede observar tanto en términos absolutos, como con relación al conjunto de equipamientos de educación ambiental. Esto parece corroborar la prioridad que se ha dado a estos centros respecto a otros equipamientos. Muchos de los expertos participantes en el estudio sostienen que un gran número de los centros no tiene suficientemente estudiados sus contenidos y diseños, incluso llegando a ser unos copias de otros. La sensación generalizada es que la cantidad se ha preferido a la calidad, y la tendencia en los próximos años parece apuntar a que cada parque tenga un centro.

Así, observamos cómo la Planificación Interpretativa y de Uso Público está, en la mayor parte de los casos, poco desarrollada, y esto, de acuerdo a las opiniones de los expertos consultados, parece ser el origen de muchos de los problemas a los que se enfrentan los centros de visitantes en estos momentos. Sin embargo, y como dato para la esperanza, en los últimos años los gestores y políticos parece que van comprendiendo la

importancia de una buena planificación, y cada vez son más los espacios que planifican.

A pesar de las grandes inversiones realizadas, mucho mayores en construcción que en mantenimiento, los datos nos muestran tasas de visita muy bajas, con una media del 10-12% de los visitantes a los ENP. Dado que la existencia de los centros parece estar justificada (de acuerdo a las opiniones de los expertos), y que centralizan gran cantidad de funciones necesarias, y tendiendo cada vez más a la multifuncionalidad, se ha de promocionar un mayor uso para optimizar y hacer rentables (socialmente) las inversiones.

De acuerdo con los expertos, la falta de conocimiento de qué es un centro de interpretación, y su planteamiento global erróneo debido a falta de planificación, son las principales causas para los bajos niveles de utilización. Su denominación, localización y señalización han de ser más claras para los visitantes.

Hasta el momento hemos hablado de centros de visitantes, pero la disparidad de criterios y objetivos con que fueron diseñados estos equipamientos en nuestro país se pone de manifiesto en la confusa nomenclatura utilizada para su denominación. Así, nos encontramos con términos como centros de *interpretación*, centros de *acogida*, centros de *recepción* o centros de *información*, sin que se sepa muy bien si se trata de equipamientos con orientaciones diferentes o si, por el contrario, hablamos del mismo tipo de equipamientos. Este fenómeno no es exclusivo de España, sino que ha sido una constante en la historia de estos equipamientos. En Gran Bretaña, por ejemplo, términos como: *information centre*, *orientation centre*, *interpretation centre*, *heritage centre*, etc., generan igualmente confusión en el público.

En este sentido, se está promoviendo una sustitución del binomio *centro de interpretación*, que no significa nada para el visitante español, hacia la más intuitiva, y preferida por los expertos, *centro de visitantes*. Así mismo, las diferentes Comunidades Autónomas tienden a normalizar los nombres a aplicar en equipamientos similares, aunque no se detecta una homogeneización total para el conjunto del Estado (quizás esto contribuya más a la confusión).

Si atendemos a los recursos presentes, las tradicionales exhibiciones y audiovisuales, de acuerdo con los expertos, siguen siendo recursos importantes, pero se necesita un cambio de orientación en la forma en la que son

elaborados, pues siguen siendo aburridos, faltos de calor, cargantes y propagandísticos (entre otros).

Tendencias

Hemos hablado de lo que pasa en casa, pero si volvemos la vista a los orígenes, a países que, como EE.UU., fueron pioneros en la creación de estos espacios, vemos cómo muchas de las críticas que actualmente encontramos en España ya se hicieron con mucha anterioridad allí. En una conferencia en 1959, Ronald Lee (Director de la Sección de Educación e Investigación del *National Park Service*) estableció que “Con el énfasis que se ha puesto en la construcción en los últimos años, he observado relajación en los estándares de servicio personal y cierta disposición para sacrificar la calidad por la cantidad”. Esta fiebre por los centros de visitantes duró según Mackintosh (Historiador del *National Park Service*) hasta los años 80, construyéndose “verdaderas monstruosidades”. A partir de esa década se produce un giro en la concepción de los centros de visitantes, aunque en palabras del mismo autor “Desafortunadamente, un gran número de centros de visitantes, que requieren personal costoso, consumo de energía y gran mantenimiento, se crearon antes de que se aprendiera la lección” (¿nos suena algo?).

Tras realizar una evaluación de su efectividad, están reconsiderando el modelo seguido, adoptando nuevos planteamientos más modestos, dinámicos, y dónde se da gran importancia a la satisfacción de necesidades básicas, información e interpretación personalizada. Así mismo, se está apostando por el uso de las nuevas tecnologías, no tanto en las exposiciones, sino en las formas de comunicación previa y durante la estancia del visitante (web del parque y del centro de visitantes, folletos que se pueden descargar, estudio de las posibilidades de ofrecer información GPS, PAL...).

Sin embargo, parece que en España seguimos evolucionando y dirigiéndonos a gran velocidad al gran precipicio de las “monstruosidades ineficaces”. Es necesario parar el tren y pasarnos a reflexionar e iniciar un proceso de revisión y evaluación. Así invitamos a contestar y completar el siguiente listado de preguntas:

- ¿Realmente necesitamos un centro de visitantes?
- ¿Para qué lo necesitamos?
- ¿Cómo lo necesitamos?
- ¿Los que tenemos son eficaces?

Ponga un Centro de Interpretación en su vida (o en bajada)

Antón Lois Estévez
Investigador sobre arquitectura en plastilina
vigo@tierra.org

A lo largo del pasado mes de octubre circularon en la Lista de correo interno de la AIP noticias que anunciaban la construcción de nuevos centros de interpretación (con perdón) a lo largo y ancho de este país de países.

No se trataba de una búsqueda sistemática ni con ánimo de ser especialmente exhaustiva. Era apenas lo que se reflejaba en un solo buscador de Internet, pero los resultados causaron sorpresa por la cantidad –que no necesariamente calidad– de los nuevos proyectos que, apenas en esos 30 días, aparecían referenciados.

Superada la inicial sorpresa por la magnitud cuantitativa, se generó un interesante debate alrededor de los aspectos cualitativos entre asociados y asociadas. Lo que sigue es un resumen sobre el fondo de aquellas apasionadas, como no podría ser de otra forma, reflexiones compartidas.

Las cifras, complementadas con una búsqueda en webs institucionales, fueron lo suficientemente contundentes como para pensarlas sosegadamente:

- Número de centros de interpretación anunciados y/o proyectados: **154**.
- Presupuestos totales destinados a los mismos (en apenas 1/3 de los casos se menciona el presupuesto previsto): **12.650.602'4 euros**.
- Comunidades con mayor número de centros por intérprete cuadrado: Castilla y León y Castilla - La Mancha (34 y 31 respectivamente).
- Comunidades y ciudades autónomas sin proyectos anunciados en octubre de 2005: Ceuta, Melilla y Baleares.

(Esta tendencia de crecimiento exponencial, aunque no lo incluimos en los totales, se mantenía a lo largo de los primeros días del mes de noviembre.)

Analizando la génesis de este paroxismo constructivo de nuevos centros, encontramos coincidencias ilustrativas. En

su mayoría no existe, que podamos detectar, ni rastro de una planificación, ni como base ni, desde luego, como previsión de futuro. Se trata de un simple efecto aluvión derivado de posibles obtenciones de partidas presupuestarias puntuales que permiten financiar, y solamente eso, la construcción del centro, pero que casi nunca incluyen su dotación y no contemplan en ningún caso su posterior gestión, ni personal estable destinado a los mismos, ni su mantenimiento. Las infraestructuras se crean “porque ofrecen o podemos conseguir dinero para hacerlas” o porque “ya que tenemos ese local sin uso al lado de... vamos a aprovechar/pedir una subvención para...”, y parece un pecado de *lesa electoralidad* renunciar a dotaciones educativo-recreativo-culturales.

Para el o la responsable local o de la comunidad autónoma resulta inimaginable pararse a pensar por un momento que, en algunas ocasiones, estos centros de interpretación no solamente son innecesarios, sino que pueden llegar a ser incluso contraproducentes para la conservación del elemento interpretativamente significativo (y dicha conservación, de existir conflicto irresoluble, debería prevalecer sobre la divulgación). Si nos dan fondos para hacer las infraestructuras... háganse.

Plantear a los promotores de estas iniciativas una reflexión serena sobre si son necesarias, convenientes, si están justificadas y planificadas, cómo, quién y con base en qué presupuestos se mantendrán esas dotaciones, son entelequias futuribles que en el mejor de los casos se dejan en manos de la providencia con la que, se supone, el tiempo resolverá, y si la presión comunitaria empuja a su apertura mantenida se parchean eventualmente con voluntarismo o estableciendo convenios de gestión con asociaciones locales que, superada la ilusión inicial, encuentran pronto que ese regalo acostumbra a estar envenenado, convirtiéndose, gracias a una mezcla nefasta de inercia y abandono institucional, en meros *sanitarios* públicos abiertos de lunes a viernes de 10:00 a 14:00, con mostrador y servicio anexo de expendedoría de folletos (... y de cómo suelen ser esos *trípticos*, mejor no hablar ahora).

Resumir las tipologías de estos centros es una tarea imposible, pues son demasiado heterogéneos y responden a las temáticas, ubicaciones y contextualizaciones, diseños arquitectónicos y finalidades complementarias más variopintas. Todas las posibles potencialidades